

LA VACA CUESTA DEMASIADO

AUTOR: JUAN ZAMORA

EDITORIAL: SWEET.COM Y AMAZON.COM

AÑO DE PUBLICACIÓN: 2024 ©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Escrito por Juan Zamora

Derechos de Autor © de Juan Zamora

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, de grabación o de cualquier otro tipo, sin la autorización previa por escrito del autor.

DEDICATORIA

Dedico este libro a mi padre, Linderman Zamora, que desapareció en Brasil poco después de la última vez que hablé con él. Han pasado casi cuatro años sin contacto y nadie sabe dónde está ni qué le pasó. También dedico este libro a mi mejor amigo Emmanuel y a mi hermano Frank. Este libro no se habría manifestado tan rápido como lo hizo, si no fuera por su apoyo y aliento. Mi más sincero agradecimiento, por empujarme con esta gran idea.

¿Lucharías por un propósito mayor?

¿Incluso si eso es solo la libertad de navegar por Internet en tu sofá?

TABLA DE CONTENIDOS

Contenidos

CAPÍTULO 1: LA HAMBRUNA	1
CAPÍTULO 2: LA LLAMADA.....	9
CAPÍTULO 3: LA HERENCIA.....	17
CAPÍTULO 4: REY PIERDE SU TRABAJO	22
CAPÍTULO 5: CONSTRUYENDO CONEXIONES	28
CAPÍTULO 6: LEVANTAMIENTO DE LAS RESTRICCIONES.....	39
CAPÍTULO 7: MEJORA DEL SISTEMA DE SEGURIDAD	50
CAPÍTULO 8: LA VACA.....	57
CAPÍTULO 9: LA CONSTRUCCIÓN DE UN IMPERIO.....	65
CAPÍTULO 10: ENCUENTRO CON JULIA.....	71
CAPÍTULO 11: IMPRESIÓN DE LIBROS INFANTILES	76
CAPÍTULO 12: EL INTERROGATORIO	83
CAPÍTULO 13: LA PERSECUCIÓN	88
CAPÍTULO 14: ALEX.....	94
CAPÍTULO: 15 SAM.....	99
CAPÍTULO 16: ANDRÉS	107
CAPÍTULO 17: LOS ORÍGENES DEL PADRE DE REYMUNDO	115
CAPÍTULO 18: REYMUNDO BUSCA A SU VACA	130
CAPÍTULO 19: UNA PISTA QUE MARCA EL CAMINO.....	135
CAPÍTULO 20: ALLANAMIENTO	144
CAPÍTULO 21: EL INTERROGATORIO DOS.....	152
CAPÍTULO 22: LA CONFESIÓN DEL ROBOT	161
CAPÍTULO 23: EL ANUNCIO	166
CAPÍTULO 24: LAS REPERCUSIONES DE LA LECHE ILEGAL	173
CAPÍTULO 25: SE FILTRAN LOS ARCHIVOS DEL PENTÁGONO	181
POSFACIO	190

PREFACIO

Esta novela es una obra de ciencia ficción, cualquiera de los nombres y hábitos de los personajes es casualidad. Cualquier semejanza con eventos del mundo real es puramente especulativa y no retrata las creencias o sentimientos del autor. Proceda con precaución.

La vaca del trillón de dólares en inglés es ahora traducida a *La vaca cuesta demasiado*. Es una novela que me divertí mucho escribiendo, es decir, sin entrar en muchos detalles, que fue un reto escribirla. A veces, me quedaba atrapado en el bloqueo del escritor, en otras, no veía a mis personajes pasar por algunos bloques de construcción. Me alegra decir que, a diferencia de mi trabajo anterior *Sensiti*, esta novela no me llevó diez años de planificación, se me ocurrió la idea aproximada en tres noches de inspiración a finales de 2018. Fue gracias al apoyo y amor de mi familia y amigos, que al escuchar lo que tenía en mente para la novela, no dejaron de pedirme que la convirtiera en un libro.

Después de cinco años en los borradores, comencé a escribir la historia. Tengo más grupos sociales y pasatiempos que hace cinco años, por lo que no fue fácil encontrar tiempo y esfuerzo para gastar detrás de la portátil. La comunidad de Indwell, donde resido, fue muy servicial y estaba ansiosa por saber qué estaba haciendo. En cada conversación, mi libro surgía y no tenía nada que mostrar, excepto decirles que estaba trabajando en él. Sin embargo, algunas de las personas más entretenidas me inspiraron con sus frases notables, que no dejé de poner en algún lugar del libro. En lo personal, estaba muy orgulloso de mí por estar haciendo algo más que quedarme de brazos cruzados en mi apartamento. Pude sentir en sus ojos lo orgullosos que estaban de mí, y espero que este libro ofrezca todo lo que tengo en mente.

Además de inspirarme en la ausencia de mi padre, me di la libertad de innovar la historia utilizando lo que más conocía: mi relación con mi sobrina y lo que es ser un tío. El vínculo inocente y delicado que tiene la protagonista, al proteger su hermosa infancia a pesar de haber crecido en la escasez y el miedo, es algo que toco brevemente aquí y allá por experiencia.

Los personajes del libro viven en una sociedad distópica en la que el Internet ha sido suprimido. Hice todo lo posible para dar un poco de luz a la individualidad de cada personaje en algunas partes del libro. El robot, por ejemplo, es un personaje que no había planeado crear, pero la idea me pareció tan tentadora que no pude pasarla por alto. Resultó ser uno de mis personajes favoritos, por muchas razones. Al igual que él, estoy seguro de que cada personaje aportará algo al lector y a la historia. ¡Disfrútenla!

PRÓLOGO

El hombre que se desangraba, escondido en una esquina de un callejón, era Finch Asher Solace, padre de un bebé llamado Reymundo. Se suponía que la guerra terminaría, ya que él estaba destinado a ser su héroe, en cambio, se convirtió en un traidor a la nación. Se suponía que no iba a cambiar de bando, pero el destino lo quiso así.

Debo soportarlo, Dios me está protegiendo. Se aferró, apretándose la herida mientras intentaba levantarse. *Deben estar siguiéndome,* pensó mientras caminaba lentamente, con la sangre goteando desde su muslo lateral hasta su pierna.

La revolución contra la guerra y el hambre fue muy destacada. Aun así, todo lo que Finch quería hacer era ir a casa con su hijo. Ni siquiera era su guerra por la que luchar. A medida que la multitud se acumulaba en las calles de Estados Unidos para protestar, Finch se insertó en la multitud, se mezcló con las personas que estaban siendo gaseadas, entre las ejecutadas por disturbios civiles y violencia. Los disturbios se inclinaron hacia la rendición, pero ya era demasiado tarde, ya que millones de personas en todo el mundo habían muerto, y los que sobrevivieron habían recurrido al canibalismo. Allí, en el corazón del caos, la calumnia y el ego habían subido y bajado, como un pájaro muerto en invierno.

CAPÍTULO 1: LA HAMBRUNA

En el año 2081, los desastres naturales habían causado una hambruna. Escondida entre colinas onduladas en Ecuador, estaba una pequeña aldea devastada por la guerra que era el hogar de Reymundo, de nueve años. Esperaba con ansias el regreso a casa de su padre de la batalla lejana de todos los días. Para este niño, los días largos y hambrientos se intercalaban con horas de tranquilidad. No estaba claro para la población si el hambre era provocada por el abandono de los agricultores a la hora de trabajar la tierra, o por la propia guerra, aunque una pista fue el hecho de que ambas cosas se estaban interceptando mutuamente.

Una noche, cuando se corrió la voz de que la Tercera Guerra Mundial había terminado, el ejército victorioso regresó a casa. El padre de Reymundo no fue uno de ellos. La ausencia de su padre ensombreció su ya frágil corazón. Una vez finalizada la pelea, el fantasma de su amado padre continuó siendo una fuente de inspiración aterradora.

El aire estaba cargado de pérdidas, parecía como si los sonidos de los lejanos campos de batalla se filtraran en cada rincón y grieta. A menudo, Reymundo se sentaba en un simple banco de madera en la plaza del pueblo y oteaba el horizonte en busca de señales de que su padre se acercaba. El anhelo de Reymundo resonaba en la calma lúgubre que envolvía el pueblo, sol ocultándose bajo los escarpados picos y largas sombras cayendo sobre las calles desiertas.

Al vigésimo día, Reymundo esperó en una choza desvencijada en las afueras del pueblo, lamentando la desaparición de su padre. Los enormes campos que una vez fueron prósperos con cultivos ahora estaban aplastados debido a la devastación que rodeaba la cabaña aislada. En el interior, los cuadros descoloridos y los muebles desgastados cubrían las paredes, cada uno de los cuales conservaba un momento en el tiempo en el que todos estaban felices y juntos. Un resplandor deprimente llenaba la habitación mientras las partículas de polvo bailaban a la luz del sol que entraba por las ventanas rotas. Reymundo podía ver las ruinas de peleas lejanas desde el porche delantero, un sombrío recordatorio del caos que se había apoderado de sus vidas. Las brisas susurraban historias de valor, de sufrimiento, el silencio espeluznante aumentando su deseo.

La familia de Reymundo y toda la comunidad sufrieron muchas dificultades como consecuencia de la ausencia de su padre, porque el padre de Rey era un protector del pueblo, y sin él, el saqueo y el asesinato eran más comunes. Además, el peso de la rendición de cuentas amenazaba con derribarlos. Pasaron las semanas, Reymundo vio a su hermana mayor realizar trabajos esporádicos para llegar a fin de mes mientras su madre luchaba por mantener su pequeña casa. La ciudad, una vez vibrante, ahora estaba llena de solemnes murmullos de sufrimiento y desesperanza.

El hecho de que su madre le leyera un libro infantil anticuado era lo único que hacía feliz a Reymundo por la noche. La nueva ola de libros infantiles creados después de 2035 utilizaba inteligencia artificial (IA) y hacía tiempo que había perdido conceptos maravillosos que solo se pueden encontrar con imaginación pura. Reymundo tenía un collar de cruz alrededor de su cuello, al igual que su padre, y lo agarraba con fuerza cada noche mientras escuchaba las historias.

Su madre pasó la última página del libro.

—El fin —dijo con voz tierna—. Ahora vuelve a dormir. Mañana tengo que ir a trabajar, tu hermana tiene que trabajar, y tú tienes que trabajar.

—¿Qué? ¿Cuándo conseguí un trabajo? Solo tengo nueve años.

—No importa. No puedo cuidarte porque estoy ganando dinero para pagar las facturas. Tu hermana está ayudando a pagar la comida porque la inflación es muy mala. Apenas nos estamos recuperando de la hambruna. Si no ayudas también con la comida, me temo que todos nos moriremos de hambre.

—Está bien, mamá. —Rey reunió determinación bajo sus labios—. Lo haré, y algún día seremos ricos.

—Sí, algún día seremos ricos, aunque ahora las personas que solían ser millonarias están en la misma situación que nosotros. No sé qué se necesitará para estar al nivel de los ricos ahora. Lo único que sé es que Dios nos va a ayudar.

—Buenas noches, mamá.

Cerró la puerta lentamente.

—Buenas noches, Reymundo.

Rey tenía un brillo travieso en sus ojos brillantes e inocentes y un rostro de querubín cuando era más joven. Siempre fue más fuerte que un niño de nueve años porque su cuerpo estaba hecho para resistir las adversidades a través de lo que muchos consideran la última generación.

Reymundo comenzó a trabajar como asistente mecánico al día siguiente y adquirió todos los conocimientos que pudo. Estaba sucio cuando llegó a casa: manchas de aceite, gasolina, grafito negro, grasa... En toda la ropa, en toda la cara. Su sonrisa persistió durante una semana, pero después de eso, algo no estaba bien.

—¿Te gusta tu nuevo trabajo? —preguntó su madre Leonor, sintiendo cierta urgencia en él.

—Sí—dijo a regañadientes.

El corazón de Reymundo se hundió temprano en el día, cuando cobró su exiguo salario, que apenas era diez centavos por cada ardua hora que pasó como asistente en el bullicioso taller mecánico. No quería decirle a su madre que su trabajo no marcaría ninguna diferencia. Era un delgado hilo de dinero, en marcado contraste con la enorme cantidad de tiempo y devoción que ponía en su trabajo. Pero su frustración contrastaba con la molestia de su jefe Dimas.

La expresión cansada del joven jefe delataba la fatiga de un espíritu atribulado mientras soportaba el peso de sus problemas sobre sus hombros, con el ceño fruncido y los ojos sombríos. Bajo el estrépito de los instrumentos y el aleteo de los engranajes, el ánimo de Dimas se manifestaba como irritabilidad. Sus responsabilidades profesionales se entremezclaron con preocupaciones personales, lo que hizo que su celo, una vez brillante, se desvaneciera y su paciencia se redujera. Reymundo se encontró como el desafortunado blanco de las irritaciones del jefe, recibiendo comentarios agudos y críticas que lo hicieron sentir desmoralizado e infravalorado.

El lugar de trabajo del jefe se convirtió en un escenario donde sus ansiedades se cruzaban con sus responsabilidades gerenciales, trabajando en el laberinto de sus luchas. Atrapado en el fuego cruzado, Reymundo anhelaba un destello de compasión y comprensión que se perdía en la furiosa tormenta dentro del corazón de su jefe.

Un día, mientras el niño y su jefe estaban debajo de un automóvil, Rey, como lo llamaban para abreviar, le hizo una pregunta:

—Señor... la guerra, las secuelas... ¿Quién la instigó? ¿Y quién la ganó?

El jefe Dimas, miró a Reymundo con una ceja levantada.

—Pásame la llave. —dijo. Rey lo hizo—. Escucha, fueron los malditos millennials los que fueron persuadidos por los boomers para llevar a cabo su guerra tradicional cada cien años más o menos.

»Los millennials comenzaron una guerra civil, pero se suponía que la Generación Z debía detenerlos. Desde que se cortó el Internet, la Generación Z parecía como si estuviera tomando Xanax, y en abstinencia de la droga. Era ridículo.

—Lo siento, señor. ¿Quiénes son los millennials y quiénes son la Generación Z?

—Mi padre tiene más de sesenta años, es de la Generación Alfa. La generación anterior a la Generación Alfa eran la Generación Z. Tanto los boomers como los millennials... Bueno, no tienes de que preocuparte por eso. Todos están muertos. Incluso si un par estuvieran vivos, serían demasiado viejos para hacer algún daño real.

—¿Ah, en serio? ¿Y qué es esta cosa que se llama internet?

—Es un misterio. —El jefe esboza una sonrisa en su rostro mientras su imaginación se sumerge en un profundo asombro—. Es lo más parecido que teníamos a la magia, quien lo

tenga puede saber al instante lo que está pasando en todo el mundo. Pero nos lo quitaron porque todo el mundo tenía demasiado poder, volvió a ser estrictamente de uso militar, como se pretendía desde el principio.

»Maldita sea, ni siquiera puedo tener un teléfono porque es jodidamente caro y tiene tantas restricciones en Internet. No es como solía ser hace sesenta años.

—Creo recordar a mi madre hablando de eso. ¿Es de ahí de donde viene esa cosa llamada IA? La persona que creó los aburridos libros infantiles...

—No es una persona, y sí. Aunque, no me importa tanto esa tecnología como jugar al fútbol, así que no me interesa lo que pase mientras pueda jugar. No eres de por aquí, ¿verdad? No sabes una mierda. Escuché de mi papá que estamos viviendo la misma infancia que tuvieron los Boomers, tanto con la guerra como con poder jugar afuera. Pásame la siguiente llave.

—¿Qué llave?

—No me digas que no la tienes. Entra y tráeme la llave mediana que te mostré ayer.

Rey entró, pero había cinco tamaños medianos diferentes y había olvidado cuál era el que había visto el día anterior. Volvió bastante asustado.

—¿Lo siento, la que me preguntaste era esta?

—¡No! —Frunció el ceño con ira—. ¡Mierda!—Salió del auto con rapidez—. Te pregunté una puta cosa y siempre la cagas, ¿por qué siempre eres tan jodidamente estúpido?

Rey empezó a temblar. En un momento estaba teniendo una agradable charla con su jefe y al siguiente le gritaban. Sus habilidades no pueden durar lo suficiente como para pasar un día sin que le griten.

—Vamos, no puedo creer que tenga que mostrarte de nuevo... ¿No te acuerdas de nada? ¡Joder! ¿Y por qué todo el mundo piensa que eres inteligente...? ¡Si eres un niño tonto! —Mientras ambos caminaban, su jefe continuó—: ¿Sabes qué? ¡Tengo que ser un santo o algo así porque permití que un niño retrasado entrara en mi trabajo! ¡Y a ti te pagan por hacer la cosa más fácil del puto mundo!

Reymundo no podía responder, cualquier experiencia que pudiera obtener era mejor que no tener ninguna. Una vez dentro, Dimas volvió a explicar todo el procedimiento:

—¿Lo he explicado suficientemente fácil esta vez o no? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos ... —susurró Rey.

—¿Dos qué? Vamos, ¿hasta cuándo?

Rey inclinó la cabeza.

—Dos meses.

—Exacto, dos meses. Cualquier otro niño inteligente ya se habría dado cuenta. No dejes que te atrape —Hizo un ademán, la mano alzada—. La próxima vez te daré una buena.

—Lo siento...

—No quiero que lo sientas, los arrepentimientos no me sirven. Quiero resultados. Los clientes están esperando mis resultados. Si te equivocas, no puedo trabajar rápido y eficiente, termino pareciendo estúpido. Si disminuyes mi impulso, no puedo terminar mi cuota de diez autos por día. Estoy intentando mantener un ritmo aquí. Así que, más rápido.

Reymundo volvió a inclinar la cabeza.

—Una cosa más, niño, deja el collar de la cruz que usas debajo de la camisa en casa. Te ralentizará cuando estés debajo de los vehículos, no quiero ser responsable si te ahogas por accidente.

Él abrió mucho los ojos.

—Pero es una de las cosas que dejó mi padre...

—¿¡Me estás escuchando, carajo!?

Un anciano entró.

—Vamos, Dimas, deja que el niño sea un niño. Es la hora del té y el pan.

Rey miró a Dimas confundido.

¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Ven. Quiero que lo conozcas.

Al entrar en el garaje, lleno de aparatos electrónicos defectuosos, que se asemejaba a la entrada de la guarida de un hombre de las cavernas de ciencia ficción, un aire de fuerza y sabiduría rodeó al anciano que entregaba bebidas. Reymundo se dio cuenta, era el padre de su jefe. Estaba inspeccionando la zona con una mirada suave.

El padre del patrón se acercó a su hijo, y el taller descendió a una silenciosa reverencia. Un tenue destello de reminiscencia agridulce pareció inundar el rostro del anciano en ese momento de melancolía. Reymundo sintió que había una conexión entre ellos que iba más allá de sus luchas actuales. Se desconoce cuánto tiempo hacía desde que el hombre celebró la victoria, pero era evidente que se sentía aliviado de que la pelea hubiera terminado. Más felicidad se produjo por el hecho de que la hambruna también estaba terminando. Sin embargo, Reymundo no sabía exactamente el porqué...

El padre del jefe extendió una mano gastada, suave, pero firme. Ese gesto hizo que la propia habitación pareciera contener la respiración. El toque derriñó al jefe, que normalmente era duro y grosero. Sus miradas se cruzaron, pasando entre ellos una comprensión tácita, una historia de amor, sacrificio y palabras no dichas.

Obsesionado por la ventana imprevista a su relación, Reymundo observó. El tiempo pareció detenerse por un minuto, permitiendo que el amor de un padre atravesara el duro exterior de su hijo y le recordara el poder que había heredado. De repente el padre miró a un lado, los pensamientos de lo que le esperaba le atravesaron el pecho como una flecha. Vino a la mente del anciano, con alivio y terror, las historias de que Internet había sido traído de vuelta. Generación Alfa sigue siendo Generación Alfa, para siempre.

En ese pequeño momento, el taller se sintió diferente: un refugio de recuerdos donde la carga del deber y los lazos de la familia se unieron. Reymundo no pudo evitar llenarse de asombro por el padre del jefe, quien exudaba tal sentido de grandeza y bondad que terminó dejando una impresión duradera en él. Una inteligencia así, tanta madurez, solo pudo haber venido de la experiencia.

El tiempo pasó, trayendo tanto bien como mal. Los ayudó a superar una vaga sensación de desconcierto. Una vez que Rey tomó su té y pan, el anciano se sentó a su lado.

—Los niños como tú deberían estar en casa jugando videojuegos. Por lo menos, esa fue mi infancia. Una de las mejores.

—¿Qué es un videojuego?

Él le sonrió.

—Déjame mostrártelo.

El hombre encendió un televisor, tomó el mando y se sentó. En la pantalla apareció un espectáculo de luces. Los gráficos de la PS10 eran simplemente asombrosos: detalles en hasta la mínima roca, vitalidad en incluso el movimiento de una brizna de pasto, casi un reflejo perfecto de la vida... Rey quedó hipnotizado.

—En mi época, los niños de tu edad eran muy exigentes con los mejores gráficos y se preocupaban por cada pequeño detalle —dijo, seguido de una risa—. Me alegro de que tu generación se haya vuelto tan despistada. Me temo que te humillaste sin siquiera saberlo.

—¿Eso es un videojuego? Es tan genial... ¡Podría verte jugar todo el día!

A Rey le mostraron cómo usar el mando. Luego se quedó pasmado viendo la pantalla. Dimas, tan ocupado como siempre, gritó:

—¡Vamos, no viniste aquí a jugar, viniste a trabajar! ¡Apúrate! ¡Te estaré esperando afuera!

—Lo siento, tengo que irme. —Rey se levantó de un salto, deteniéndose a medio camino—. Pero, ¿puedo venir a jugar aquí mañana?

El hombre sonrió de nuevo.

—Claro.

Durante los días siguientes, después del trabajo, el anciano le enseñó a Rey historia, el cómo solía funcionar la tecnología.

—¿Creía que eras mecánico? —dijo Rey, curioso por los antecedentes del hombre.

—Me especialicé en Ingeniería Informática, entre otras cosas.

Rey recogió una extraña pieza de chatarra verde.

—Es una placa base de una vieja consola de videojuegos de los años 90.

—¿De esta cosa es de donde vienen todos esos efectos geniales?

—Así es. —El hombre bebió un sorbo de su té mientras contaba eso como si fuera la ocurrencia más común.

Rey, saboreando el momento, dijo:

—Es increíble que todavía tengas algo de hace cien años. Es increíble. Tengo que contárselo a todos mis amigos. ¡No me van a creer!

—No, probablemente no lo harán.

—Wow, no puedo esperar a verlo—. Una sonrisa que iba de oreja a oreja brotó en el rostro de Rey.

—Por cierto, ¿sabes lo que son las películas?

—¿Las creadas por la IA?

—No, no las películas de IA, las reales. ¿Nunca has visto una?

Una expresión de perplejidad duró largo rato en su rostro hasta que habló otra vez:

—No nunca.

—Tienes mucho por descubrir. Verás, todo está en internet. Un día, cuando tengas acceso, descubrirás lo increíble que fue el pasado.

—Si cosas como los videojuegos están en Internet, debe ser lo más extraordinario que nos ha pasado. —Rey ladeó la cabeza un segundo—. Aunque, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, adelante.

—¿Qué es lo más importante a la hora de construir una máquina de videojuego, o cualquier máquina que sea de ciencia ficción?

El anciano reflexionó un momento con la barbilla inclinada hacia el cielo. Los restos de ideas contradictorias bailaron en su cabeza, un juego de lógica. Entonces un breve recuerdo de su memoria destelló, agudizado por décadas de soledad bajo su garaje arreglando viejos modelos.

—Cada uno tiene sus propias opiniones. Yo creo que el espacio digital y físico del modelo es importante, así como la cantidad de datos que puedes expresar en el espacio que tienes.

»Pero como digo, a algunas personas les gusta la portabilidad y la ligereza. Otros quieren un rendimiento del servicio robusto. Cada elección que hagas cambiará la forma del producto final, lo que sea que hagas estará determinado por lo que deseas.

—Pero si tengo que concentrarme en una cosa para ser tan bueno como tú, ¿qué sería?

—El espacio. Tanto en términos de datos de memoria como de espacio físico, si haces un buen trabajo en ellos, entonces cuando aprendas sobre las placas base y la compresión tendrás algo de espacio para mover la cola.

Reymundo bebió su última gota de té.

—Espacio, entendido.

Volvió al trabajo con una actitud tranquila, procesando lo que le decían, pero con un solo objetivo en mente: ampliaría sus conocimientos sobre aquel mundo desconocido, lo descubriría en toda su extensión.

El tiempo pasaría volando. Se producirían muchos cambios. El mundo llegaría a restaurarse, al menos en parte. Y pronto todo el mundo llegaría a conocer a Rey. Solo no lo sabían todavía.

CAPÍTULO 2: LA LLAMADA

Dieciséis años se deslizaron, grano por grano dentro del reloj de arena del tiempo. Desde que Reymundo pisó por primera vez el taller mecánico, ocurrieron eventos de toda clase. Su familia salió de Ecuador en una brizna de oportunidad que llegó para su hermana, ella siendo contratada como cuidadora desde las costas de Canadá.

Reymundo acababa de terminar el bachillerato y su hermana le había pagado la matrícula universitaria. Las manos de Rey tenían ampollas a carne viva por su laborioso trabajo, y ahora estaba al borde de un nuevo capítulo en su vida, esto a medida que el mundo abrazaba los límites cada vez más amplios de los descubrimientos científicos. Había pasado de ser un joven inocente a un asistente de investigación de ADN, profundizando en los secretos contenidos en los componentes fundamentales de la vida.

La verdadera pasión de Rey era la tecnología, aun con las complicaciones que conllevaba. Los cursos de tecnología no eran muy populares, pero se estudiaban con la seria consideración que provenía de someterse a dos años de entrenamiento militar. Había dudado de todas las cosas concedidas por el gobierno, aunque se convenció de intentar. No quería alistarse en el ejército, ni siquiera habían podido proporcionarle ninguna información sobre la ubicación de su padre, y aun así sentía que debía hacerlo.

Su suave cabello negro azabache, que parecía reflejar los recovecos más salvajes de su mente, daba a su rostro un aspecto extrañamente vigoroso. Detrás de un par de anteojos rectangulares, sus cálidos ojos marrones brillaban con una mezcla de perplejidad y determinación, siempre en busca de información, resolviendo enigmas científicos.

Reymundo estaba rodeado de vasos tintineantes y charlas susurradas en los sagrados pasillos del centro de investigación. Aun con los científicos bulliciosos a su alrededor, su espíritu rebosaba de propósito e indagación. El corazón de uno daría un vuelco con pensar en la cantidad de conocimiento contenido detrás de esas paredes.

Vestido con una bata de laboratorio nueva, Reymundo se acercó a su escritorio con una mezcla de emoción y ansiedad. Se enfrentaba a una gran frontera de territorio inexplorado, de potencial no realizado: el campo de la exploración genética. Sintió que una excitación corría por sus venas con cada hábil movimiento de sus manos enguantadas, un deseo profundo, anhelo de descubrir los misterios escondidos en la compleja red del plano de la vida.

—Software... —murmuró para sí mismo.

—¿Qué dijiste? —preguntó el investigador principal.

Rey sonrió.

—Me dijeron que la compresión de datos era la forma de hacer las cosas, para entender el espacio. Así que opté por el ADN, pero se parece más al software del cuerpo humano que a la parte de ingeniería. ¿Qué te parece? ¿Es DNA Software?

—Bueno... —Comenzó—. Nosotros, los científicos, pensamos que el ADN es hardware, no hay nada más. En esencia, tanto el ADN como el hardware funcionan como los componentes básicos de sistemas complejos. El ADN, compuesto por nucleótidos, forma el código genético que lleva las instrucciones para el desarrollo y funcionamiento de un organismo. Del mismo modo, el hardware, que consta de componentes electrónicos interconectados, sirve como base para el funcionamiento de nuestros dispositivos digitales.

»El ADN emplea varios mecanismos de compresión. Uno de estos mecanismos se llama secuencias repetitivas de ADN, donde secuencias específicas se duplican y almacenan en múltiples ubicaciones en todo el genoma. Esta redundancia permite un almacenamiento más compacto de la información genética.

»Además, el ADN emplea técnicas de compresión mediante el uso de codones. Los codones son secuencias de tres nucleótidos que codifican aminoácidos específicos o sirven como señales dentro del código genético. El código genético está estructurado de tal manera que múltiples aminoácidos pueden ser codificados por diferentes codones, lo que permite la compresión de la información al reducir el número de secuencias distintas necesarias para representar todas las instrucciones genéticas necesarias.

»Lo que hace que estas estrategias de compresión, tanto en el hardware como en el ADN, sean intrigantes es su compromiso inherente entre la relación de compresión y la accesibilidad. Las relaciones de compresión más altas generalmente dan como resultado un almacenamiento y una transmisión más eficientes, pero a costa de una mayor complejidad en los procesos de codificación y decodificación. Equilibrar la eficiencia de compresión con la facilidad de acceso y la velocidad de procesamiento es un baile delicado en ambos dominios.

»Además, estos mecanismos de compresión en el hardware y el ADN resaltan la notable eficiencia y optimización que se encuentran en los sistemas naturales. La capacidad del ADN para almacenar cantidades masivas de información genética dentro de los confines microscópicos de una célula muestra la increíble densidad y capacidad de transporte de información de los sistemas biológicos. Del mismo modo, las técnicas de compresión de datos en hardware demuestran el ingenio humano para minimizar el tamaño de los datos para un almacenamiento y una comunicación eficientes en el mundo digital".

Rey se quedó conmovido por los comentarios secuenciales sobre la comprensión de su jefe de la información digital y celular superior. Por desgracia, él no era tan inteligente como pensaba que era y solo entendió una parte de ello. Todo lo que sabía era que el mundo estaba listo para fusionar la biología con la tecnología.

—Ya veo —respondió casualmente, tratando de desviar la conversación hacia otro lugar.

A pesar de que estaba allí porque había terminado sus estudios, solo era capaz de ser un asistente en lugar de un investigador adecuado.

—¿De dónde eres otra vez?—preguntó su jefe, Martín.

—Mi familia eran agricultores en las afueras de Colombia, nos mudamos a Ecuador por la hambruna. Pero nuestra vida no era fácil en aquellos días. Si mi hermana no hubiera obtenido la residencia permanente aquí en Canadá, me temo que ya estaríamos muertos.

—Wow, qué locura. Durante la hambruna, pasé mi tiempo desglosando los componentes que hacían que la marihuana fuera tan fuerte. Los millennials que se metieron con la intensidad de la marihuana mediante la cría selectiva, hicieron que la hierba fuera tan fuerte en la década de 2060 que le causó que la psicosis a millones de personas. Estaba vendiendo hierba consumible segura con baja potencia, parecía la ruta más segura. Resultó ser un escape para la gente, ya que la mayoría estaba enloqueciendo con lo del gobierno tratando de obligarlos a comer insectos.

—¿Es eso lo que hacías en tu adolescencia? Eso es divertidísimo.

—De los diecinueve a los veintinueve, sí. Ahora tengo casi cuarenta y cinco. Fueron unos diez años de ese tipo de trabajo durante la guerra. Así que tuve que pasar a cosas más grandes y mejores en algún momento.

Rey vaciló, pero cedió a su curiosidad:

—¿Cuál es el objetivo final de la investigación del ADN? ¿Manipulación de la genética humana?

—Solo estamos aquí para aprender e impulsar la información descubierta para prevenir futuras enfermedades. ¿Nunca has escuchado lo que pasó en los años 20? (y olvídate de la guerra que sucedió en los años 60 por un segundo). Escucha, en ese tiempo hubo una epidemia llamada COVID-19.

—Sí, pero eso fue hace más de cincuenta años, ¿quién sabe si siquiera sucedió? ¿Y si se tratara de propaganda del gobierno para asustarnos?

—¿Las vacunas obligatorias que se ponen en el hospital acaso también son propaganda?
—El investigador principal negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Quiere decir que las doce vacunas diferentes que se administraron después de la guerra se debieron a lo que sucedió en los años 20?

—Realmente no sabes nada Reymundo. Cada cien años hay una nueva epidemia. ¿Has visto alguna vez una película?

—Escuché historias, pero nunca vi una película hecha por un hombre.